

# THOMAS

## La antorcha de Jaurés

SOMERA y exactamente, *El Sol y La Voz* han recordado la carrera política de Albert Thomas, el Director de la Oficina Internacional del Trabajo, nuestro ilustre huésped.

Yo tuve durante la guerra el honor y la fortuna de ser presentado al gran jefe socialista por persona a quien él profesaba tanto respeto como afecto: por el más sabio y querido de sus profesores del Liceo, M. Charles Lafont, el cual—detalle curioso—tuvo también como alumno, al comenzar en Bar-le-Duc su profesorado, a monsieur Poincaré. Este género de presentación hizo que en mi amistad con Albert Thomas no faltasen momentos de charla extraparlamentaria, y que—hasta cuando las oscilaciones de la guerra hicieron de él un ministro—yo viese en Thomas al *normalien* antes que al estadista y el hombre de acción,

Téngase esto en cuenta. Cuando M. Lafont, en su clase de Retórica superior—es decir, de severos estudios grecolatinos—del Liceo Luis el Grande, preparaba a Thomas para el ingreso en la Escuela Normal, no veía en éste sino a un futuro catedrático de griego, de latín o de Historia. Thomas resultó un político. Pero un político sabio, un político con cultura, ¡Y qué cultura! La de Platón y Aristóteles; la de Séneca y Lucrecio. Yo me he explicado siempre los triunfos, los grandes triunfos políticos de Thomas, por la profundidad de sus conocimientos. Thomas poseía «demasiada ciencia» para ser un fanático.

Ved su situación en el antiguo partido socialista *unifié*. Recordad la historia. Jaurés, elocuente, lírico, entusiasta y artista, es la contrafigura de Guesde, el patriarca rígido, el jefe intratable. Surge el cisma, hay escisión. Pero así, descompuesto en dos mitades hostiles, el socialismo francés no hará nada. Es necesario unirlos. Y Vaillant, el noble Vaillant, va y viene de Jaurés a Guesde y de Guesde a Jaurés hasta conseguir la reconciliación y la unión. Nace, o renace, el partido. Y desde el primer momento, a la diestra de Jaurés, nos encontramos a Albert Thomas, como si fuera el destinado a recibir de sus manos la simbólica antorcha.

¿Hizo Thomas la política de guerra que habría hecho Jaurés? Ardua pregunta. No obstante, cuanto sabemos por sus libros y discursos del espíritu político de Jaurés, permite sentar la hipótesis de que el gran tribuno habría «ayudado a Francia», como la ayudó Thomas. En Jaurés habría sido más fuerte que en ningún otro jefe socialista de Francia el desengaño producido por la defección de la Social-Democracia alemana. Horas antes de morir asesinado, y a su regreso del Congreso socialista de Gine-

bra—donde alemanes y austriacos le habían dado palabra de hacer imposible la conflagración europea—Jaurés creía en el equilibrio de la paz. Muerto el admirable tribuno, la jefatura espiritual del partido pareció dirigirse a Vaillant, aunque más tarde, en un Gabinete de prohombres, Guesde figurara como ministro. Muerto *le père Vaillant*, ¿quién quedaba? No era Bracke, el gran helenista; no era Sembat, el demasiado artista; no eran Renaudel ni Longuet—francas medianías destinadas a obedecer a Lenin—los llamados a realizar la gran política socialista de contacto con los demás partidos, la política socialista de unión, más o menos sagrada, pero urgente e indeclinable.

Dos eran las políticas socialistas que podían hacerse. Y bien claramente se precisaron al concluir el período de la sorpresa originada por la guerra. La *derrotista* y la patriótica. La de Carlos Marx o la de Luis Blanc. Cito a Blanc como ejemplo de socialista terrícola. Era necesario decidirse, momentáneamente, por el suelo o por el credo. Los social-demócratas se habían declarado alemanes antes que marxistas. Thomas se declaró francés. Como simple diputado, dió principio a su obra patriótica, estrictamente defensiva, convenciendo a las masas traba-

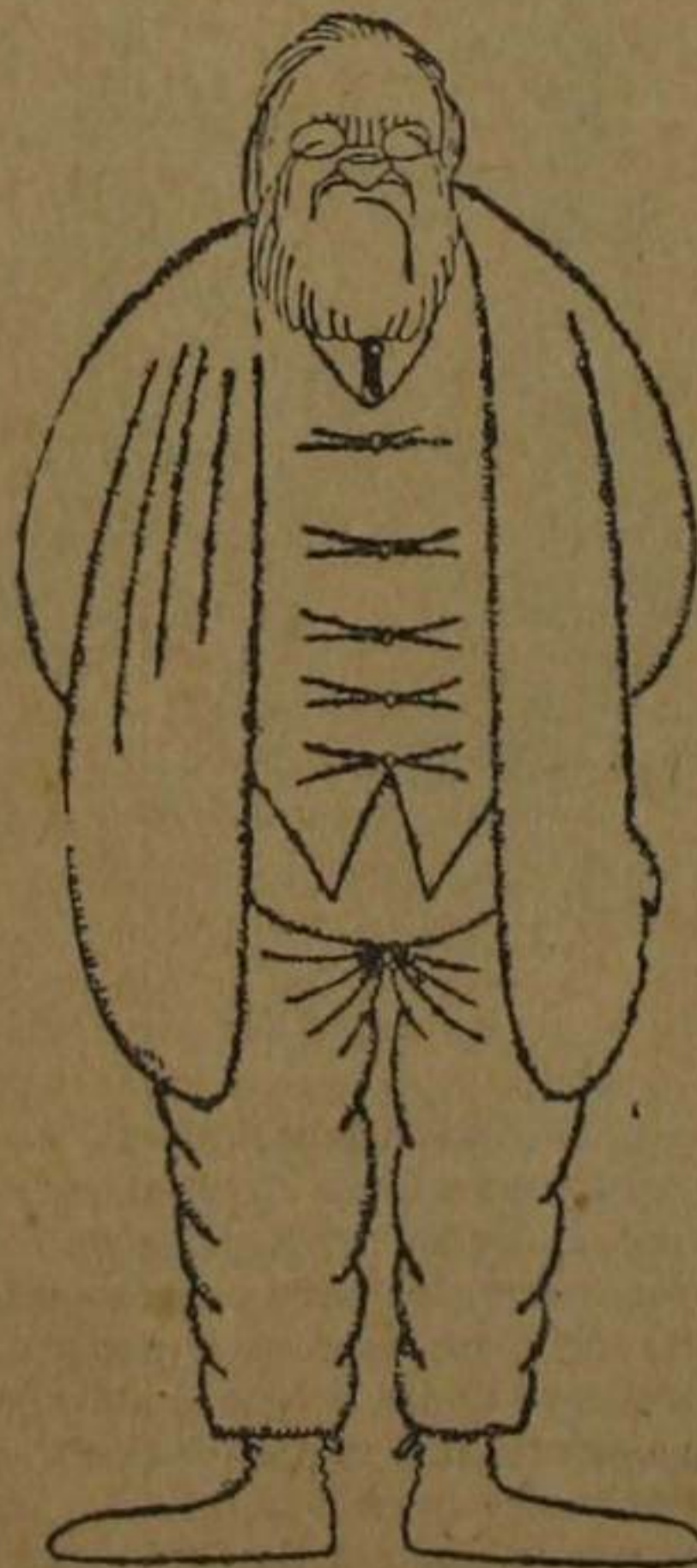
jadoras o disciplinándolas para la defensa. Este período de su vida hace pensar en el gran Carnot. Luego... ¿quién no lo sabe? La Historia se complace en presentar la paradoja aparente de un *leader* socialista, de un enemigo teórico del capital y de la «idea antigua» de la patria, transformado en ministro de los armamentos de una nación burguesa. Albert Thomas y la casa Schneider le presentan la batalla a Krupp. A mediados de 1916 visitaba el cronista, con una introducción de Albert Thomas, los establecimientos del Creusot. Mostrándole los cañones de 320, que concluían de fabricarse, decíale uno de los ingenieros de la casa:

—¡Estos son los hijos de Albert Thomas! ¿Después?... A mí me consta que Thomas se entendía con el *Tigre*; pero la ocasión le pareció propicia para reintegrarse a la disciplina del partido, donde «no se veía con buenos ojos» su eclecticismo. Pudo entonces Thomas desobedecer al partido y, como Viviani o Millerand, convertirse en un *vieux socialiste* de los que llegan a la presidencia de la República. Pero no quiso. Y no quiso porque la hora del riesgo había pasado, porque el triunfo de la Entente era «una cuestión de paciencia». No habló nunca en este hombre íntegro el egoísmo. Y mucho menos la vanidad.

Sus *camaradas*—salvo los Bracke y los Sembat—no le perdonaron sus triunfos. Albert Thomas, en la nueva disolución del partido, fué objeto de ataques, de revisiones, de exclusiones... Confieso ignorar—porque desde 1920, en que concluyó mi labor de cronista de la guerra y la postguerra, no sigo los vaivenes del socialismo, esa pobre víctima de Lenin—cuál es la situación de Albert Thomas en Francia respecto a sus antiguos correligionarios. No lo sé, ni me importa. Lo que me interesa es admirar y celebrar la persistencia y la pericia de mi ilustre amigo en una obra útil, en una obra práctica—dentro de la más amplia órbita social—. Albert Thomas representa en el socialismo la zona de las realidades, de las posibilidades, de la evolución inteligente. Sin hombres de su carácter, el socialismo—único horizonte del mundo contemporáneo—habría sido una fuerza perniciosa y, en definitiva, estéril. Thomas ha sido—y es—uno de los puntales de esa noble idea, que persigue la constitución de una sociedad nueva, sin reliquias feudales. Esa sociedad no puede ser improvisada con uno o varios golpes de audacia, sino labrada poco a poco, en lucha leal y constante con el egoísmo humano y las fuerzas silenciosas y oscuras de la tradición. Utopía o posibilismo. Tal es el dilema.

Albert Thomas ha optado por lo segundo.

*Sigue en la página 256.*



ALBERT THOMAS

(Visto por BAGARÍA).